

La columna de...

JOSÉ LAGOS,
DOCENTE U.EJECUTIVOS U.DE CHILE

Auditoría 2026: más datos, más IA y más responsabilidad estratégica

La auditoría está atravesando uno de los cambios más profundos de su historia reciente. De cara a 2026, ya no se discute si la tecnología o la Inteligencia Artificial (IA) deben formar parte del trabajo del auditor, sino qué implica realmente integrarlas en una función, cuyo propósito central sigue siendo el mismo: generar confianza.

Durante años, la auditoría operó bajo un modelo relativamente estable. Revisiones periódicas, procesos manuales y una mirada retrospectiva, eran aspectos suficientes para un entorno de negocios más predecible. Ese equilibrio se ha roto. Hoy, los riesgos evolucionan a mayor velocidad que los ciclos tradicionales de auditoría, los datos se generan de forma continua y las expectativas de reguladores, comités de auditoría y alta dirección son cada vez más exigentes.

En este nuevo contexto, la auditoría ya no puede limitarse a confirmar que el pasado fue correcto. Se espera que aporte visibilidad sobre lo que está ocurriendo ahora y otorgue señales tempranas sobre lo que podría ocurrir mañana. Así, la función comienza a desplazarse desde un rol de control ex post hacia un modelo de aseguramiento continuo, más integrado en la dinámica del negocio.

La IA ha sido un catalizador clave de esta transformación. Herramientas capaces de analizar grandes volúmenes de información, revisar documentación de forma automática o detectar patrones inusuales, han cambiado el ritmo del trabajo de auditoría. Actividades que antes consumían horas -o incluso días-, hoy pueden resolverse en minutos. Esto no solo incrementa la eficiencia, sino que amplía el alcance: se pasa del muestreo limitado a la revisión de poblaciones completas.

Sin embargo, este avance tecnológico no reduce la importancia del auditor; la redefine. Cuanto más automatizado está el proceso, mayor es la necesidad de juicio profesional. La IA puede señalar anomalías, pero no puede interpretar el contexto del negocio, evaluar la intención detrás de una transacción, ni ponderar el impacto real de un hallazgo. Es el auditor quien debe decidir qué es relevante, qué representa un riesgo y qué merece una acción concreta.

Este nuevo equilibrio entre tecnología y criterio humano se vuelve especialmente crítico a medida que surgen riesgos que antes no formaban parte del radar tradicional de la auditoría. La ciberseguridad, la gobernanza de sistemas de IA, la fragmentación regulatoria o la inestabilidad geopolítica ya no son temas periféricos. Influyen directamente en la continuidad del negocio, en la fiabilidad de la información y en la exposición reputacional de las organizaciones.

Como resultado, el alcance de la auditoría se amplía. Ya no se trata únicamente de validar cifras financieras, sino de conectar datos financieros, operativos y tecnológicos, para construir una visión integral del riesgo. Esto exige una función más transversal, con mayor capacidad analítica y con una comprensión más profunda de cómo interactúan los distintos sistemas y procesos dentro de la organización.

En este escenario, el rol del auditor también cambia en términos de posicionamiento interno. La auditoría deja de ser percibida únicamente como una función de control y pasa a consolidarse como un socio estratégico. Su valor no reside solo en detectar errores, sino en ayudar a la organización a anticiparse, a tomar decisiones informadas y a equilibrar innovación con control.

La auditoría en 2026 no consiste simplemente en hacer lo mismo de siempre con nuevas herramientas. Supone un cambio de mentalidad. Implica dedicar menos tiempo a recopilar evidencia y más a interpretarla; menos esfuerzo en tareas repetitivas y más foco en riesgos relevantes; menos énfasis en el cumplimiento mecánico y más en el criterio profesional.

En un entorno cada vez más automatizado, paradójicamente, el factor humano gana peso. La ética, el escepticismo profesional, la capacidad de explicar hallazgos complejos de forma clara y la independencia de juicio se convierten en los verdaderos diferenciadores de la función de auditoría.

La tecnología puede acelerar procesos, pero la confianza -el activo más valioso en cualquier organización- sigue dependiendo de las personas. Y en 2026, más que nunca, esa confianza seguirá pasando por el auditor.